



Somos menos que nada

EL LIBRO DE LA SEMANA Michel Houellebecq firma un enorme y magnífico premio Goncourt

SERGI
Sánchez



El título lo dice todo: en *El mapa y el territorio*, novela enorme, Michel Houellebecq (1958) reflexiona sobre la tierra y sus límites, sobre el mundo y su representación gráfica. Una región de Francia tristemente átona halla su propia belleza en el sistema circulatorio de su versión cartográfica, en el código de colores y líneas que dibuja con precisión su hechura a escala. Cuando Jed Martin, el protagonista, revoluciona el mundo del arte con

su serie fotográfica de los mapas Michelin, está embelleciendo la penosa geografía humana de un país para turistas y estrellas televisivas. Pero en esa belleza, nos dice Houellebecq, no hay más que tinieblas. El recalci-trante pesimismo de este magnífico premio Goncourt es marca de la casa, pero nunca hasta ahora el autor de *Plataforma* había matizado su gélido cinismo, tan sensible a los folletos que nos venden las bondades de los hoteles con encanto como amante de los descuartizamientos en pueblos que parecen perfectos, con una tierna punzada de melancolía.

El mapa y el territorio es un libro-es-

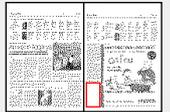


►► Una obra de Hirst, retratado por Houellebecq en su novela.

pectáculo: un notable ensayo sobre los efectos del neoliberalismo económico, una conmovedora meditación sobre el arte y la muerte, una novela criminal escrita desde el cansancio y el descreimiento, una sátira sobre las celebridades de última generación de una sociedad pagada de sí misma y un metatexto donde el autor, secundado por Frédéric Beigbeder, se autorretrata permitiéndose el lujo de jugar con lo que sus lectores esperan de su imagen pública. Es un juego sofisticado, por lo que tiene de despiste ambiguo, o de adivinanza trivial. Porque, ¿quién es más Houellebecq, Jed Martin o el propio

Houellebecq? Uno sospecha que el primero, aunque en realidad ambos son el mismo: un artista que ha escogido observar al toro desde la barrera, un nihilista que se parapeta tras su lucidez para describir el mundo que le rodea, un anacoreta que halla en el aislamiento la mejor forma de expresar su admiración por los que trabajan a pie de calle y su desprecio por los que se creen demasiado listos para pasar desapercibidos.

En *El mapa y el territorio* el arte mata más que redime. La redención sería una respuesta demasiado sencilla a las teorías del desastre capitalista que Houellebecq desarrolla sin ánimo de juzgar a los verdugos, sintiéndose parte de un engranaje al que, quien más quien menos, acepta en secreto. No hay redención para la muerte, y es su fuerte presencia la que hace pensar en una novela de madurez, en la que el *enfant terrible* de las letras francesas se ha arranca-



do la etiqueta de provocador.

Es francamente emotiva la relación de Jed con su padre, un arquitecto que sacrificó su idealismo urbanista para lamentarse, al fin de sus días, por un año artificial que no se decide llevarse a la tumba. Es admirable ese Jassoulin, un detective casi jubilado, cansado de ver cadáveres, y que es el responsable de un brusco viraje en el punto de vista de la novela que la separa de un cierto ensimismamiento, que la obliga a poner los pies en la tierra. Es en el desenlace, donde el arte se transforma en un arma mortal, cuando Houellebecq demuestra a pleno pulmón que, más allá de las (absurdas) acusaciones de plagio, es un gran escritor. ≡

.....
► **EL MAPA Y EL TERRITORIO**

EL MAPA I EL TERRITORI

Michel Houellebecq

Trad.: Jaime Zulaika / Oriol Sánchez. Anagrama / Empúries. 378 / 352 p. 21,90 €